

Dos rasgos fundamentales habían destacado Sartre y Beauvoir cuando en 1960 le otorgaron ese título. Uno, la ausencia de ideología, en el sentido de que, a diferencia de la URSS, «ningún problema es silenciado en nombre de la ideología» toda vez que «es la Revolución la que hace a la ideología y no al revés», según declaró Sartre en una charla en la Universidad de la Habana. Al recordar la filiación marxista del principio que hace derivar la teoría de la acción el filósofo insinuaba que, a pesar de no haber asumido el marxismo como ideología del Estado, o acaso por ello mismo, Cuba era *de facto* más marxista que los países de Europa del Este. Si en aquéllos el marxismo se había ideologizado, aquí lo que primaba era «una ideología del problema concreto». «Los cubanos –apuntó– tienen prisa por poseer cultivos de tomates y plantas siderúrgicas. Mucho menos prisa por darse instituciones», afirmó en *Huracán sobre el azúcar*. Y es justo la escasa institucionalización del régimen lo que condiciona el segundo aspecto remarcado por los franceses en la situación cubana de 1960: la existencia de una democracia «concreta» y «directa», sin mediaciones entre la masa y el gobierno. Sartre y Beauvoir declararon en los periódicos franceses no sólo que este tipo de democracia «viva y eficaz» hacía a las elecciones innecesarias sino que ponía en evidencia los límites del parlamentarismo burgués. Todo lo cual, unido a la celebración de la «gran fuerza emocional» de la revolución encarnada en el Comandante en Jefe, huele, como ha señalado Rafael Rojas, al Rousseau del *Contrato Social*.

De cierta forma Ezequiel Martínez Estrada hizo explícito esto que subyacía en las observaciones de Sartre cuando en un interesante ensayo de 1961 suscribió su señalamiento de la ausencia de ideología y a la vez comprendió a la Revolución Cubana, cuyo verdadero comienzo situaba en el movimiento de masas capitaneado por el esclavo Aponte en 1812, como el cumplimiento definitivo del contrato filosófico. Después de afirmar que «ni las revoluciones de 1868 y 1895 ni la de 1953 han necesitado acudir a un programa teórico, ni a definiciones de carácter ideológico. El tema ha sido tratado por Sartre con buenos argumentos», y de ver en ello la naturaleza popular, no «elitista-legalista» de la Revolución, el gran ensayista argentino afirma en la conclusión misma del ensayo: «Con la Revolución Cubana se consuma y se sostiene por primera vez en América una revolución integral; y es natural que las mentalidades progresistas de formación liberal vean con sorpresa que el pueblo que la hizo la maneja; y que va cumpliénd-

dose la «voluntad general» que ellos habían extraído del «Contrato Social» como una fórmula jurídica, para constituir una sociedad «con todos y para el bien de todos».

Precisamente en el éxito de la Revolución, que Martínez Estrada contrastaba a la imperfección de las revoluciones de independencia, de limitado y «legalista» carácter burgués, sobre las se fundaron las repúblicas del continente hispanoamericano, Sartre y Beauvoir destacaban una lección para el mundo entero: trastornando «las nociones de lo posible y de lo imposible», la Revolución venía a demostrar que «la condición de los hombres no está absolutamente cerrada y definida». Y el filósofo del «universal concreto» dedicó muchas páginas a explicar cómo semejante desmentido de alcance universal al pensamiento de la derecha había llegado a producirse en el contexto específico de Cuba. A partir de sus conversaciones con los líderes cubanos y de sus observaciones sobre el terreno, Sartre desarrolló la tesis de que la revolución cubana manifestaba «los límites del pesimismo burgués» en la medida en que se basaba en la subversión de una ideología fatalista que por décadas había aherrojado a los cubanos al círculo vicioso de la industria azucarera y la corrupción política.

En su ensayo «Ideología y Revolución», escrito y publicado durante su estancia en Cuba, afirmó que la ideología burguesa sobre la que se sustentaba la condición dependiente de Cuba entrañaba una concepción pesimista del hombre. El *dictum* según el cual «Sin azúcar no hay país», esgrimido por los gobernantes republicanos contra todo lo que pretendiera cambiar el *status quo*, estaba estrechamente relacionado con una teoría de la naturaleza humana que atribuía las miserias de Cuba a un destino inmutable. «El político será siempre venal, Cuba no puede vivir sin la caña: Castro reunía esos dos decretos pesimistas y veía claramente que ambos constituían uno solo.» La impotencia de los políticos de la República no venía, razonaban los jefes revolucionarios, de sus vicios, sino de la servidumbre. La corrupción no era una causa, sino un efecto. Y el precioso humanismo de la revolución radicaba, a los ojos de Sartre, precisamente en esa convicción. «Entre la ideología derrotista del parlamentarismo burgués, del individualismo y la ideología humanista del pueblo no hay término medio. El hombre es capaz de cambiar sus condiciones de vida. Pero no puede cambiar cualquier cosa y como quiera: en verdad, sólo podrá cambiar las necesidades objetivas cambiándose a sí mismo.»

«¿Qué ensayo cubano de los últimos treinta años es comparable en análisis de nuestra historia, e idiosincracia, a las veinte o veinticinco páginas de Jean-Paul Sartre, “Ideología y Revolución”?»), leemos en un artículo de Heberto Padilla publicado en *Lunes* en enero de 1961. Es obvio que se trata de una pregunta retórica. Padilla sugería además que la condición de extranjero le había facilitado a Sartre percibir ciertos aspectos de la realidad cubana que hasta entonces ninguno de los cubanos había visto con tal agudeza y penetración. Pero es preciso advertir que esto entraba tácitamente en contradicción con lo alegado por el propio filósofo: el análisis de la frase según la cual «Sin azúcar no hay país», en el que Padilla ve «una prueba admirable de perspicacia», aparece en el ensayo de Sartre, más que como propia contribución interpretativa, como una exposición del original pensamiento de Fidel Castro. Ciertamente, la lectura de «Ideología y revolución» como de *Huracán sobre el azúcar* deja la impresión de que los líderes tienen justo los mismos pensamientos de Sartre. La *Crítica de la razón dialéctica*, que saldría publicada entonces, arroja claramente su sombra sobre esos escritos coyunturales; las fronteras entre el testimonio y el análisis, la exposición y la interpretación se difuminan. Si Sartre se volvió vocero de los líderes cubanos, estos fueron a su vez voceros y ejecutantes del pensamiento de Sartre.

Ahora bien, sea cierto o no que el filósofo francés haya analizado la historia e idiosincracia cubana «con más penetración y acierto que dos generaciones de cubanos», el comentario de Padilla revela, en mi opinión, algo que no ha sido suficientemente advertido. Y es que Sartre no sólo inauguró con *Huracán sobre el azúcar* toda una tradición de elogios a la revolución cubana que llega hasta el día de hoy sino que además con «Ideología y revolución» prefiguró, cuando no sentó, el canon de la cultura cubana que se impondría en la década del 60. Este nuevo canon partía justo de una contraposición entre la historia y la idiosincracia, en la medida en que esta expresa la dicotomía entre progreso y naturaleza, marxismo y positivismo. En «Ideología y revolución» Sartre planteó con nitidez un tema que Edmundo Desnoes en su noveleta *Memorias del subdesarrollo* y Tomás Gutiérrez Alea en la célebre película homónima abordarían estéticamente: la contradicción entre los discursos republicanos sobre la decadencia nacional, los que atribuían al «cubano» una innata incapacidad para la democracia o el progreso, y la realidad grandiosa de una Revolución empeñada en sacar a Cuba del subdesarrollo. El nuevo canon marxista que la crítica y la historio-